

Nº32.

31.OCTUBRE
1926

PÁGINAS

EXTRAORDINARIAS

DE
El Día Gráfico.

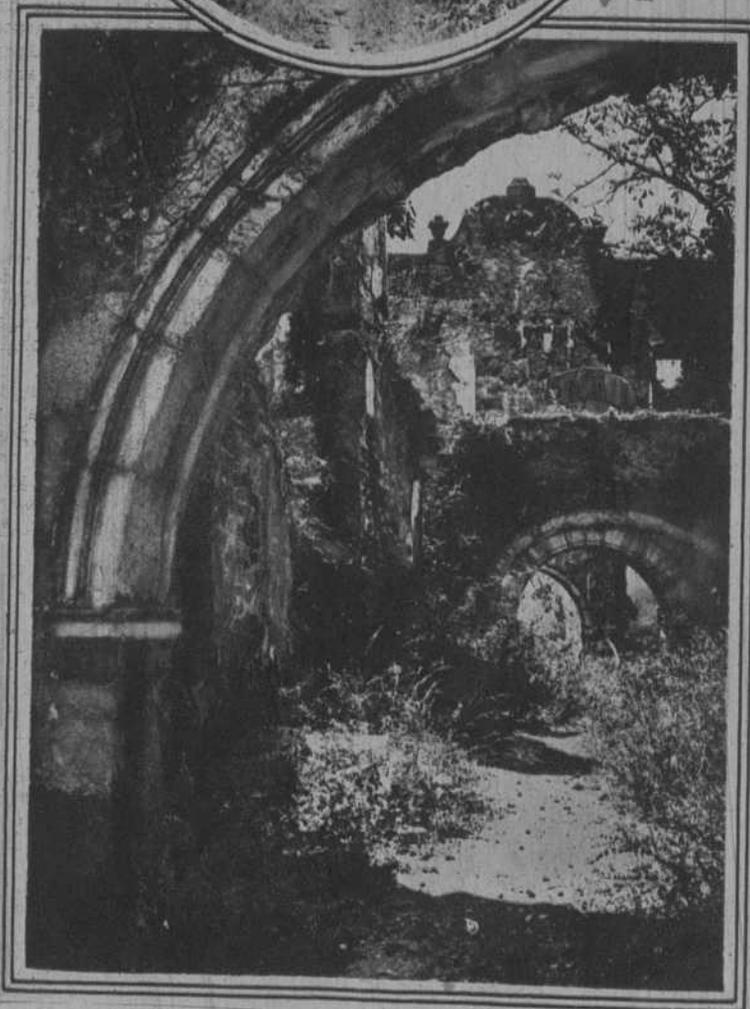
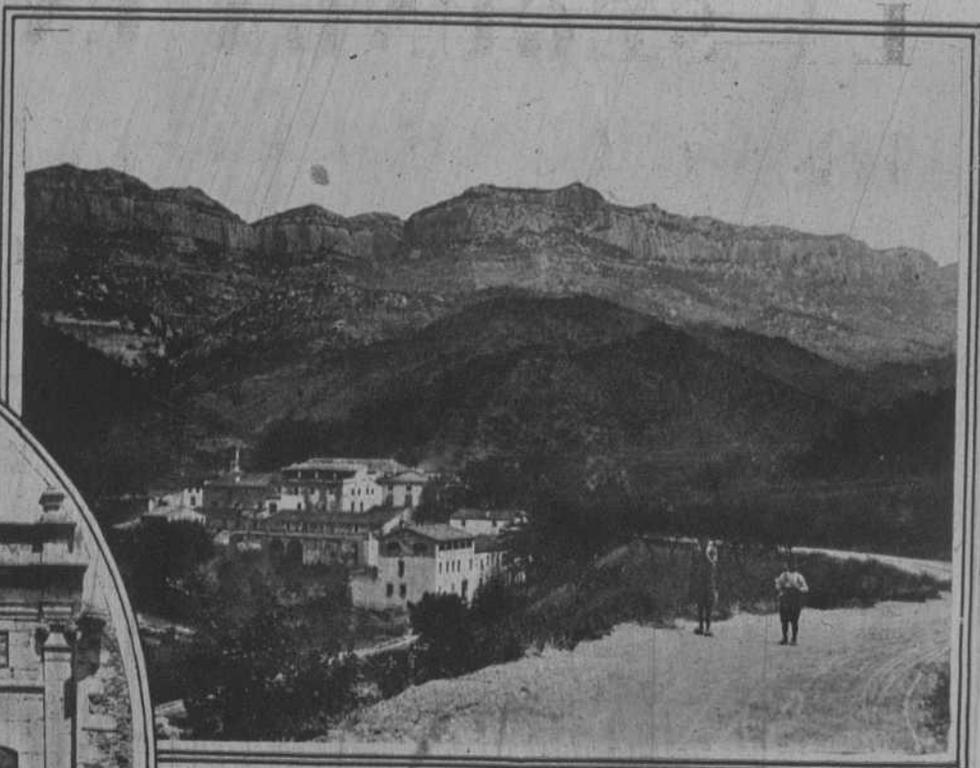
LOS GRANDES CUADROS
DE LOS
MUSEOS ESPAÑOLES

"El Caballero del perro" cuadro de Tiziano, en el Museo del Prado.



© Museo del Prado, Archivo J. López de la Torre

*La Cartuja de
Scala Dei, la primera
que se levantó en España.*



El Priorato, la rica región catalana, debe su nombre a haber sido propiedad de los cartujos de Scala Dei, del famoso monasterio levantado en 1212 por Alfonso I de Aragón, al instalarse los hijos de San Bruno en España.

Hoy, solo ruinas quedan de lo que fue rica Cartuja, la primera que se levantó en España.

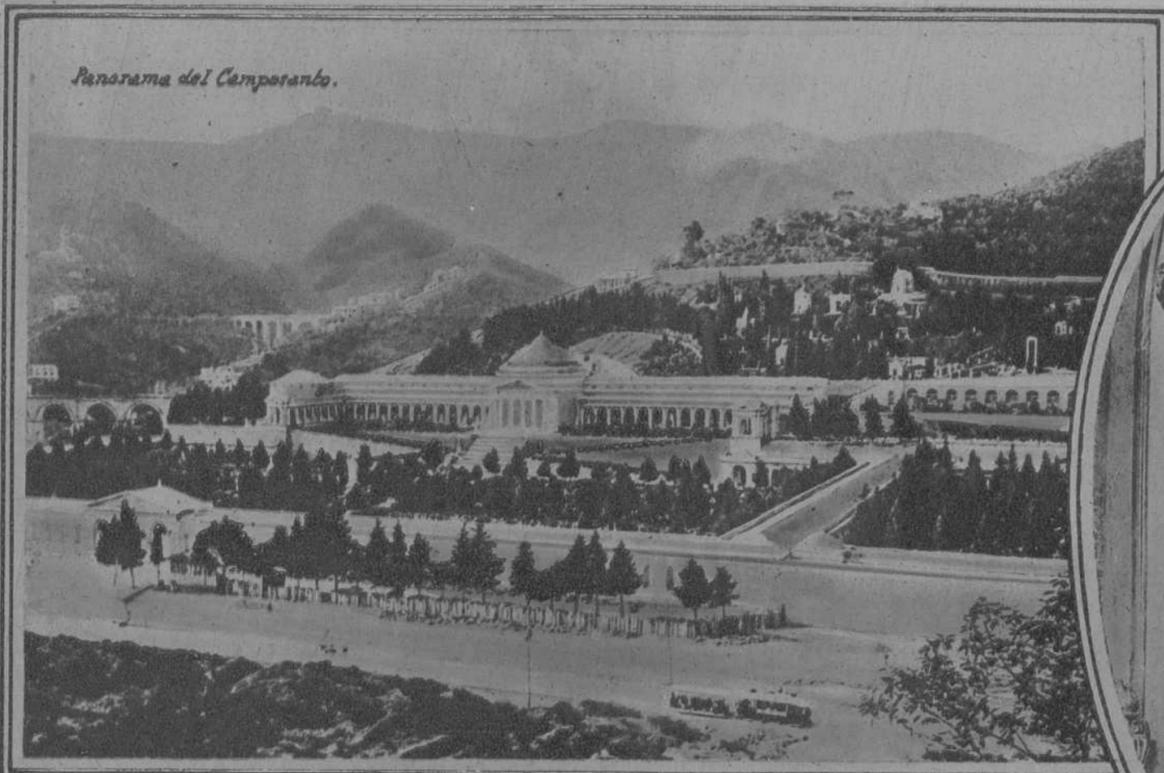




*El Cristo de Lepanto
siempre venerado, al
que hoy Barcelona, vol-
verá á rendir el home-
naje de su fe. v v v*

(Fot. Vilaseca)

La para se encargaba del suministro de...
El doctore que escribiera después a se...
con respecto de...
de...
de...



Panorama del Camposanto.

El cementerio de Génova.



Cello del escultor Novati.



Galeria del Camposanto



Monumento Tomas Serra
Escultor, Rola.



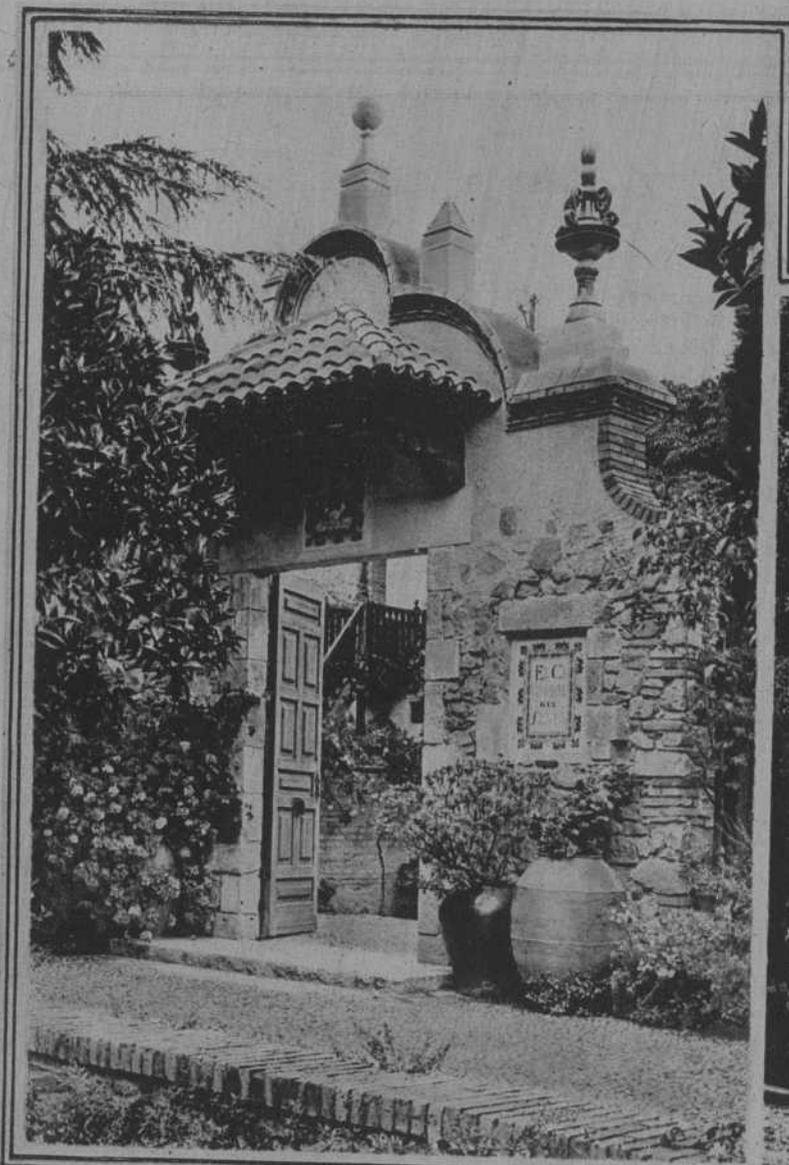
Monumento Pienovi.
Escultor, Villa.



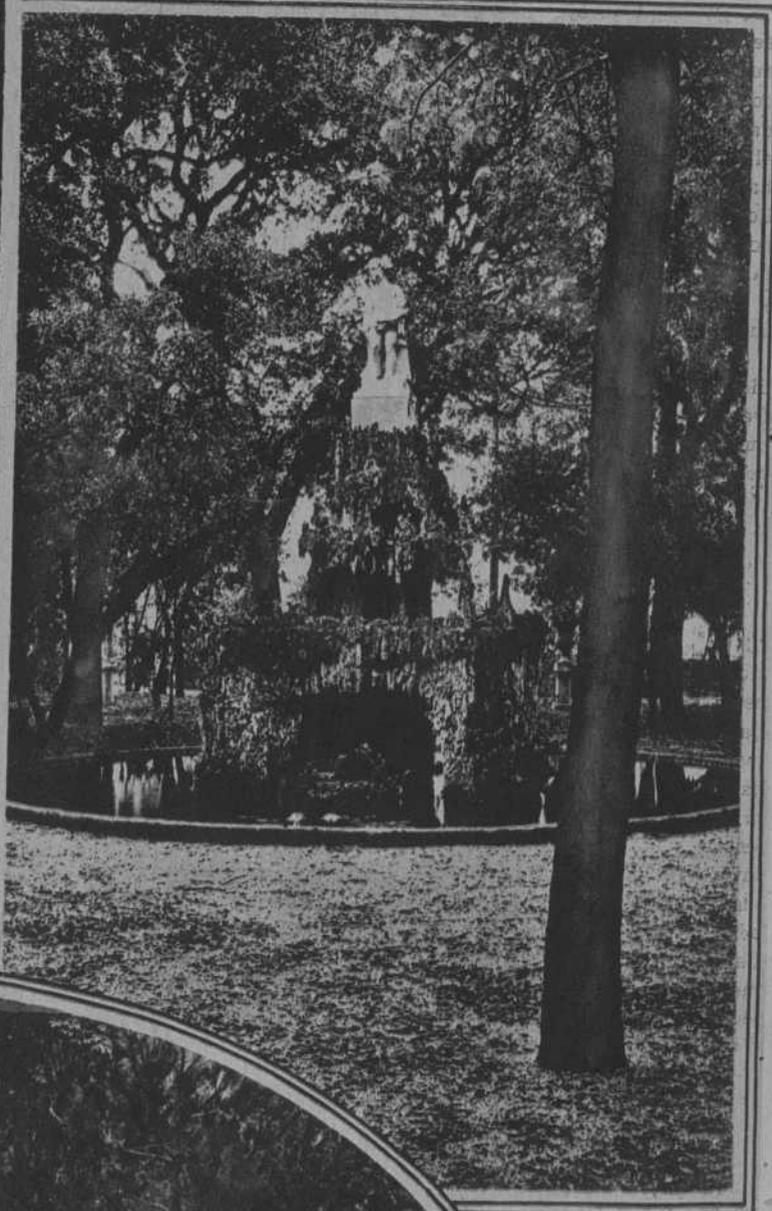
Monumento Dapassano.
Escultor Costa

Génova, la ciudad de la Señoría, tuvo sus enterramientos en los templos, pero al finalizar el siglo XVIII, construyóse el actual Campo Santo a extramuros de la ciudad. El primitivo recinto se distingue por sus tumbas, estilo neoclásico de Génova, ensanchándose con nuevas galerías donde puede seguirse el arte de Italia en el siglo XIX y la fastuosidad de los comerciantes genoveses.

Las jardines ^{AI}
de Barcelona.



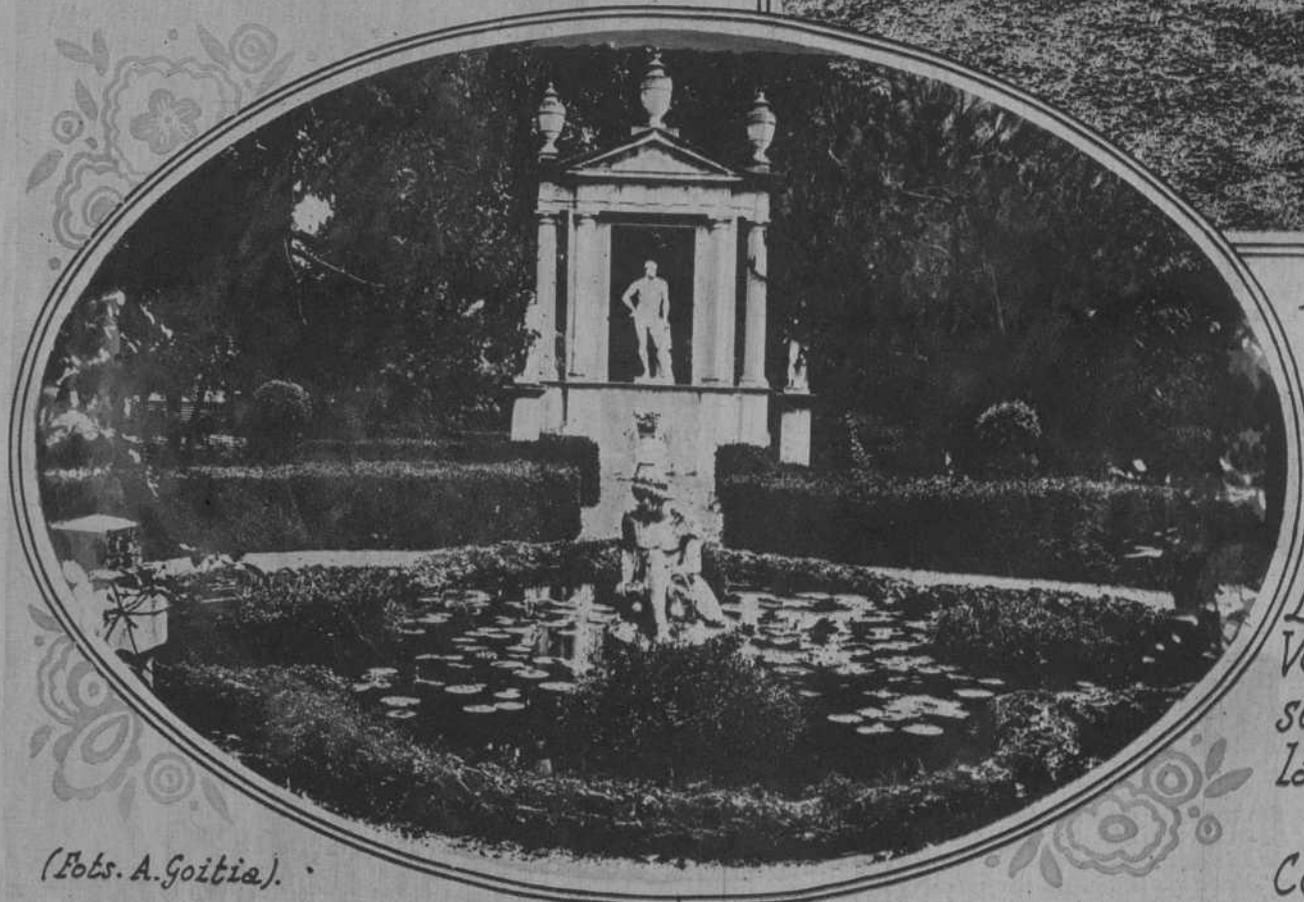
Puerta de entrada.



Fuente romántica.

❖
Templete neo-clásico.

❖
La "Granja Vella," jardín señorial de la familia Marti Codolar.



(Fots. A. Goitia).

Los pueblos fronterizos.



*El Garona que
atraviesa el
pueblo.*

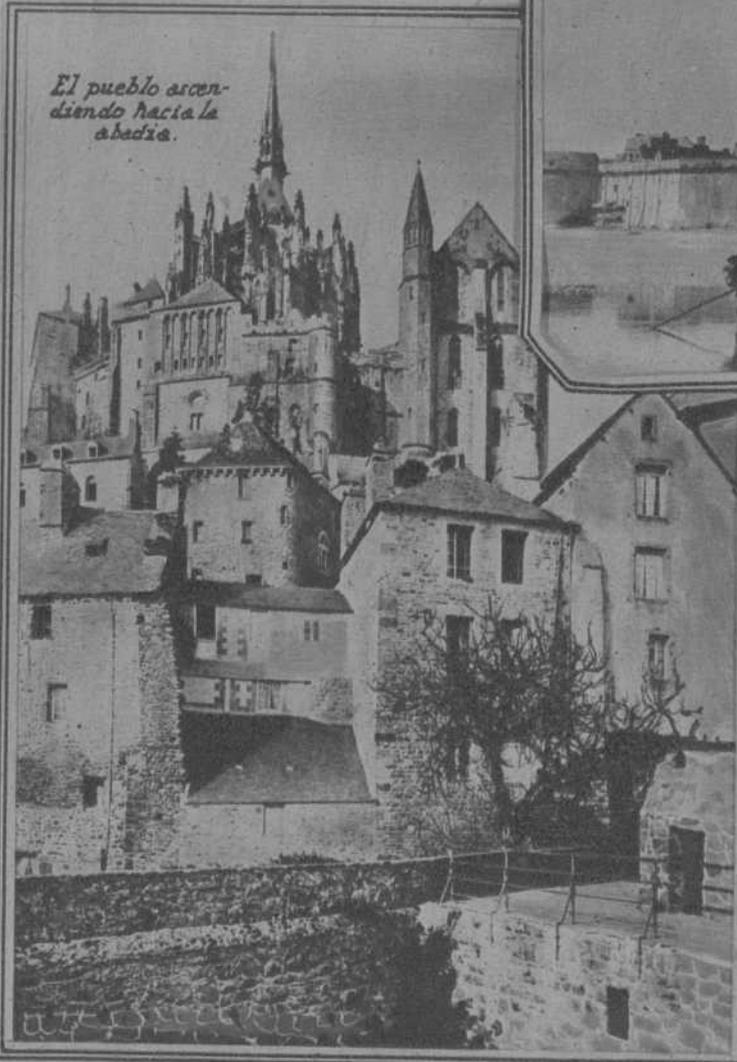
*Una típica
calle.*



*De todos los pueblos lindantes
con Francia, les, acusa caracte-
rísticas singulares. Su estructu-
ra exótica y su situación especia-
lísima, prestan a la pequeña pobla-
ción fronteriza, con Francia, que
atraviesa el Garona, un encanto
singular y único.*

(Fots. Badosa)

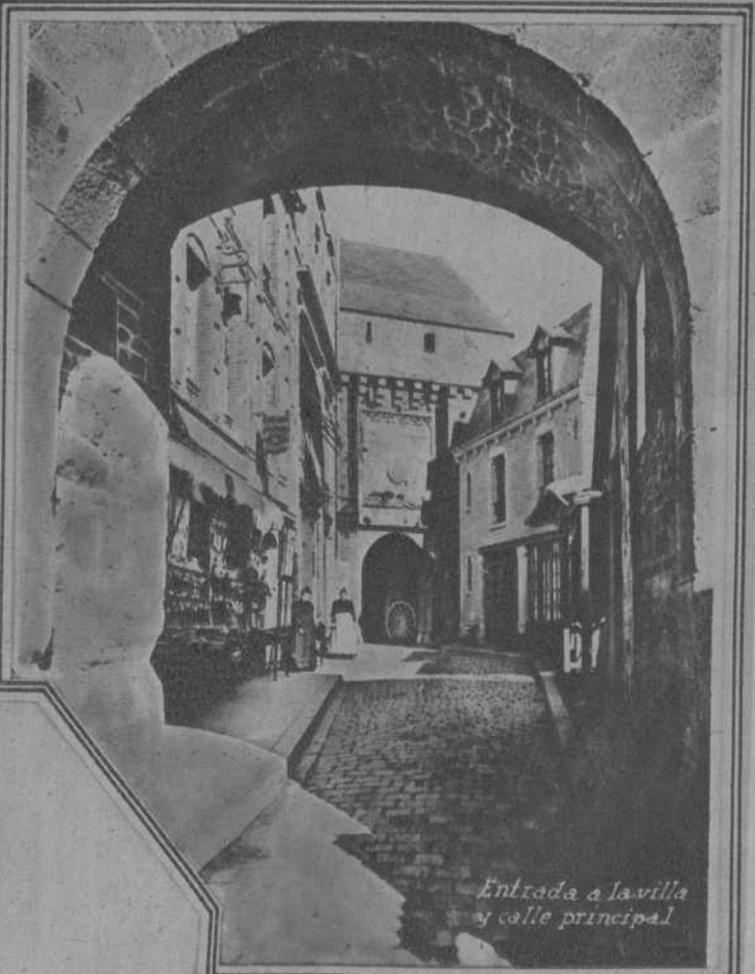
*El famoso monte
de
"Sant. Michel."*



*El pueblo ascen-
diendo hacia la
abadía.*



*La abadía vista desde
el mar.*



*Entrada a la villa
y calle principal.*



*La abadía vista desde el
istmo que va a ser suprimido.*

*He aquí el monumento arqueo-
lógico de Francia mas pintores-
co, y, tal vez mas importante.
No le ha faltado mas que la litera-
tura lo consagrara, como consagró
a "Notre Dame". Pero, de un góti-
co puro, es una de las maravillas
de Francia, tierra del gótico.*

(Ibts. Consorcio).

LA SEGUNDA EXPEDICION DE CATALANES A ORIENTE

Por CASIMIRO GIRALT

XIII

Un catalán extraordinario

La compañía había obtenido un éxito enorme, superior, si cabe, al que consiguió en El Cairo. «Mujeres y Flores de España» afirmaban la conquista de Oriente, dominando nuevos territorios. Unas representaciones, más tarde, en Port-Said, y Egipto sería tomado triunfalmente por la gracia de unas mujercitas, de unas músicas y de unas danzas españolas...

Aleandría tenía para nosotros un encanto irresistible. Clima agradable, tardes primaverales, noches de ensueño en su paseo marítimo, sobre la maravillosa terraza del Club de Regatas. La población, en su parte europea, ofrece grandes vías, magníficas avenidas que se abren a la playa, sobre el mar azul, bajo un cielo luminoso como el de nuestros pueblos de Levante...

El encuentro con el catalán trotamundos, bohemio y aventurero no podía faltar en Aleandría, como no falta en el lugar más apartado y recóndito de la tierra.

Fué en una tarde, después del ensayo, en la terraza del Athineos, en su fachada al Boulevard Ramble. Se me acercó sonriente, alargándome la mano, descubriendo con la otra su cabeza calva, pálida y reluciente como el marfil viejo.

Me habló en catalán, me dijo llamarse Pujol, ser de Barcelona, haber vivido en la ciudad condal hasta hacía algunos años. Alguien, en el café, le indicó quién era yo, y desde entonces, hacía de ello unos días, acariciaba la idea de hablarme. No se había atrevido a hacerlo, no obstante, por natural discreción, por timidez...

—Estoy empleado en este café—añadió acentuando su leve sonrisa. Y como observase en mi mirada una cierta sorpresa por su indumento, que nada tenía que ver con el usual en los camareros, terminó, bajando la voz, con extraño misterio no desprovisto de rubor:

—Trabajo en el interior del café, en el salón de billares... de mozo de billar, y esta tarde me toca en turno mi fiesta semanal...

Le animé con unas palabras cordiales. Hice que se sentara a mi mesa. Rechazó con gesto rotundo, pero afectuoso, mi invitación a tomar algo. Aceptó, en cambio, un cigarrillo, que encendió con la inconfundible torpeza de los no fumadores.

Le examiné, entretanto, con una rápida ojeada. Era un hombre joven, todavía. Alto, anguloso, de rostro enjuto, ojillos grises, piel como descolorida y labios delgados que se estremecían a veces, como contráidos por una extraña sacudida invisible que partiese de su nariz exageradamente prolongada. Lo que yo había tomado por una sonrisa no era otra cosa que un extraño y singular «tic» nervioso, que le obligaba a sonreír aún en los momentos en que el dolor y la ira hubieran puesto en sus labios la mueca de la tragedia.

Era el hombre que ríe. Una risa la suya que contrastaba violentamente con la rigidez de su rostro, la fatiga de sus ojillos grises un tanto miopes, el acento lastimero de su voz opaca y temblorosa, la seriedad de sus palabras, la gravedad de su traje negro, reluciente por el uso y el cepillo...

Sus manos descarnadas, de dedos excesivamente largos y afilados, lívidas, poseían una extraordinaria elocuencia. Más que con sus palabras hablaba con ellas en una mímica irresistiblemente sugestiva. No eran las manos del orador que necesitan del gesto amplio, levantado, displicente o enérgico. Eran unas manos, como sin brazo que, casi a la altura del rostro, movían unos dedos que parecían multiplicarse con asombrosa agilidad en la expresión del matiz más sutil del pensamiento, llegando con su lenguaje mudo, ya en el dominio de la elocuencia, a donde no podía llegar la palabra del más rico y florido de los idiomas...

—Pujol— ignoró el nombre y el segundo apellido de aquel hombre extraordinario— quizás lo calló prudentemente— se limitó aquella tarde a sostener conmigo una conversación banal, en la que, por mi parte y sin esfuerzo ni sacrificio alguno, puse una afectuosidad, que es condición en mí, en el trato con gentes humildes. Mi amabilidad pareció ganarle, y me confesó, bajando la voz, acentuando la mímica de sus manos y adornando su relato con sus forzadas sonrisas:

—Mi profesión no es la de mozo de billar. Jamás en la vida hasta hoy, es decir, hasta hace un año y dos meses, he desempeñado una ocupación manual. He sido rico, y mi afición desmedida por los viajes y las aventuras, mi prodigalidad excesiva, me lanzaron aquí, derrotado, sin una piastra, en la imperiosa necesidad de ganar mi sustento, como bajo la maldición bíblica, con mis propias manos, con el sudor de mi frente... Mi afición de otros tiempos, por el juego de billar, me hizo fácilmente apto para el servicio que cumplo desde entonces en este establecimiento.

Calló un instante. Sonrió con su «tic» peculiar, tres o cuatro veces. Y añadió, después:

—Cuando salí, hace unos diez años, de Barcelona, enfermo, aburrido, desesperado, fui a pasear mi neurastenia por los bulevares de París y por los divanes de los cabarets, de noche, Montmartre, aquel seductor Montmartre literario y novelesco, tuvo el privilegio de exasperarme. Su plaza Pigalle, su calle del mismo nombre y sus callejuelas vecinas, con sus cabarets chinos, persas, rusos, españoles, con sus porteros y sus criados y sus artistas, estúpidamente disfrazados, me irritaban profundamente. ¡Pobre alegría la de aquellas fábricas de alegría a botella de champán por hora, con sus mujeres por horas y su jazz-band interminable, insoportable, demoníaco...

—Quizá algún día—se interrumpió para decirme—le contaré la causa de mi odio por el jazz-band... esta desconcertante algarabía de sonidos que ha sido mi desventura y mi ruina.

Y como adivinase en mí un gesto incipiente de extrañeza, prosiguió, pasándose una mano por su frente, como queriendo ahuyentar de ella un recuerdo doloroso, mientras—sarcástica ironía—dibujaban sus labios la más risueña de las sonrisas:

—París se me hizo muy pronto insoportable. Mi desencanto y mi sorpresa habían sido terribles. Aquel París amable y seductor que había vivido en mí tantos años, no

existía ya, tal vez, no había existido jamás. Aquello era un inmenso cepto para cazar extranjeros. La luz de la «Ville Lumière» había sido hecha para cegarlos. Cada parisién sostenía un hilo de la inmensa red. La Alegría, el Amor, el Arte, eran una formidable maquinación industrial. El dios Oro reinaba allí todopoderoso. La codicia se había desbordado. París, inmenso monedero de Europa, tragaba insaciable el dinero del visitante embozado y la gracia picaresca e ingenua de Mimi Pinson, adulterada por el maquillaje y la frivolidad, se compraba con unas monedas. ¿Cómo no, si Mimi Pinson, infeliz, vendía programas en un teatro de revistas?...

Pasé a Italia, donde la acometividad industrial contra el extranjero, tomó allí de años carta de naturaleza. Allí, en Roma, apenas se vendía Amor y Alegría, y el Arte, que quedó allí como petrificado hace siglos en mármoles y lienzos y piedras gigantescas, no tiene hoy, ante el oro del visitante, otros arrestos que la manufactura incitativa, la estatua en deleznable alabastro y la oleografía pintarrajeada por manos torpes a sueldo de mercaderes...

Calló un instante. Los dedos de sus manos pálidas, de lívida palidez, permanecieron quietos, alineados, como dispuestos a entrar en acción. Y prosiguió, con un suspiro:

—¿A qué seguir? Mis palabras serían un interminable viaje por Europa, a través del pesimismo que me domina y de la ironía paradójica que es mi vida. Bastará con que le diga que, ya en Italia, como un vagabundo señorial y aristocrático, paseé mi aburrimiento en Roma por la vía Apia Nuova; que me detuve contemplativo ante la pirámide de Cayo Cestio y de la tumba de Cecilia Metella. Que penetré en la casa de Sallustre, en el templo a Isis de Pompeya, y que he sentido la honda melancolía de los crepúsculos venecianos y de la soñadora «Grotta azulata», de Capri. Que he reído una escena al «Apollo», de Berlín, y que sé del «Rathaus», de Viena, de la «Gaité», de Budapest, y del «Flammand», de Bruselas, como sé también de la vieja Stamboul, de la Suiza pintoresca, de la niebla de Londres y del confort del «Wrobel» en Varsovia...

Calló mi extraño interlocutor. Consultó su reloj. Frente a nosotros, al pie de la terraza, un organillo había atacado un fox-trot de moda. Se levantó como movido por un resorte. Su rostro, lívido, tornóse cadavérico. Su sonrisa se sucedió furiosamente. Sus ojillos grises brillaban con extraño fulgor...

—Perdone usted... Se me ha hecho tarde... Volveremos a vernos... Adiós. Ya le explicaré...

Y desapareció prontamente de mi vista, lanzándose como un suicida por entre la inmensa masa de coches, tranvías y automóviles que llenaban el arroyo...

Tanto como su relato, me impresionó su brusca, su súbita desaparición.

—Ya le explicaré...—fueron sus últimas palabras, y en verdad que jamás, por años que viviera, podría sospechar lo que había de contarme unos días después aquel hombre estafaiaro.

Fué la más extraordinaria de las narraciones que haya oído o leído en mi vida. Pronto habrá de conocerla el lector.

LOS GRANDES INVENTOS

La máquina de escribir artículos

Por SANTIAGO ESPINEL

La otra mañana, mientras estaba trabajando en mi despacho, la doncella me entregó esta tarjeta:



—¿Qué clase de tipo es?
—Alto, flaco, nariz aguilena, bigote y perilla...
—¿Bien trajeado?
—Regular.
—¿Sabe quién soy yo?
—No lo creo, señorito. Antes de preguntar por el señorito, consultó una larga lista. Se ve que recorre toda la casa, piso por piso.
—Bien. Que pase.
No se hizo rogar. Entró. Hízome una pronunciada reverencia, y dijo:
—¿Tengo el honor de hablar con el dueño de esta mansión?
—El mismo. ¿En qué puedo servirle?
—Aquí no hay más servidor que yo. Usted manda y yo obedezco.
—¿Y en qué puedo mandarle?
—Haciéndome un encargo o, como dicen los corredores vulgares, un pedido. Vamos a ver, ¿le gustaría a usted ser escritor?... Aquel hombre extraño empezaba a intrigarme. Bajo su ancha frente bailaban unos obsesionantes ojos azules. Usaba un cuello recto, muy alto, de goma o celuloide. ¡Oh, aquella chalina blanca con lunares rojos!... ¡Y la perilla teñida que parecía postiza!... En lo del traje se había equivocado la doncella. Bueno, no me extraña. ¡Hay tan poca luz en el recibimiento!... El traje de mi misterioso visitante pertenecía a una época remota. La americana era verde, y el pantalón a cuadros. En cuanto al chaleco, de fantasía, tenía dibujados los más estrafalarios arabescos.
—Pero, vamos a ver—le dije—¿usted es inventor o comisionista?

—Ambas cosas a la vez. Yo mismo vendo mi invento. ¿Está claro?

—Clarísimo. ¿Y por qué acaba usted de preguntarme si me gustaría ser escritor?

—Porque mi invento consiste, precisamente, en una máquina de escribir...
—Y ya puede usted ver que yo tengo una...
—...en una máquina de escribir artículos.

—Que será como todas las máquinas. Para escribir artículos, cartas, memoriales y... la biblia.

—Perdón, caballero. Me he expresado mal, por lo visto. Mi máquina de escribir artículos no se basa en la teoría de la máquina de escribir.

—¡Ah!... ¿No?
—No, señor. Más bien en la de calcular.
—Es raro.

—¡Y tan raro!... La máquina de calcular es un cerebro de acero que jamás se cansa y nunca se equivoca. Esto lo habrá usted leído en los anuncios. Así como la máquina de calcular calcula, la mía escribe. Más claro: produce. ¿Aritmética? ¿Literatura? ¡Qué más da!... Su funcionamiento se basa, como le digo, en la calculadora mecánica; pero tiene cierta conexión con los planos de manubrio.

Al oír esto, me dí cuenta de que estaba hablando con un loco y me puse en guardia por si le daba algún ataque.

—Mi visitante comprendió.
Caballero, tranquilícese usted. No se alarme usted. No estoy loco. Déjeme usted hablar. Sosiéguese.

—Le advierto a usted que estoy ocupadísimo, y le agradeceré que termine usted cuanto antes la explicación.

—Voy a complacerle. Soy hombre práctico y estoy por la brevedad. Sepa usted que mi invento va a tener un éxito extraordinario. No; no mueva usted la cabeza dubitativamente. Es más: he llegado a la conclusión de que está haciendo muchísima falta. Vamos a ver, ¿no se ha fijado usted en que muchos literatos confeccionan sus trabajos limitándose a combinar una serie de frases hechas, de tópicos manidos y de imágenes usadas?... La originalidad es una condición rarísima. Le podría citar una serie de nombres conocidos que se pasan la vida repitiendo los mismos conceptos con idénticas palabras. Lo mismo da que quieran hablar de una cosa que de otra. La belleza de una mujer la describen, invariablemente, con las mismas frases estereotipadas. Si hablan de sociología pasa lo mismo. Si de política, igual. Fije-

se usted en que he dicho «frases estereotipadas». Es lo que en mi máquina de escribir artículos sustituye a los números de la máquina de calcular. Yo he coleccionado pacientemente, tomándolas de los más famosos literatos de hace cincuenta años hasta la fecha, las frases más corrientes para la descripción de determinados temas. Una vez estereotipadas, las aplico a una serie de cilindros. Acuérdesse usted del manubrio. Es exactamente lo mismo. Mi máquina es un manubrio que, en vez de tocar, imprime. Con esto, la literatura está al alcance de todas las inteligencias. ¿Qué más da repetir de memoria una serie de frases y conceptos o valerse de la máquina de mi invención?... ¡Oh, es comodísimo!... ¿Calcular?... ¿Escribir?... ¡Es indiferente!... Yo sostengo que ambas funciones intelectuales se pueden hacer a máquina. Es muy grande el número de los que escriben mecánicamente. ¿Qué?... ¿Se decide usted?

—¡Hombre!... Me gustaría ver el aparato.

—Sólo le puedo mostrar los planos, caballero. ¿Ve usted?

Cuidadosamente, mi extraño visitante desenrolló un plano voluminoso que, la verdad, no llegué a comprender del todo. Pero lo que sí pude ver es que en la mayoría de rollos allí dibujados estaban escritos una serie de trozos escogidos de esos que todo el que tenga la costumbre de leer las publicaciones corrientes y los libros en boga se sabe de memoria, y que incluso permiten adivinar fácilmente por el principio de un párrafo cómo ha de ser el final.

—No está mal, la verdad. El proyecto me parece genial.

—¡No se lo decía yo!...

—¿Y cómo no lo pone usted en práctica?
—Por falta de medios económicos. He intentado una suscripción. Pero la gente no se decide. Temen, dudan, sospechan de mí... ¿Quiere usted que le apunte?... Son cinco duros. ¿Usted se llama...?

Le dí los cinco duros.
—No hace falta. Yo le ayudo a usted desinteresadamente. Sólo deseo que termine usted la máquina cuanto antes y la ponga a la venta.

Honorato Peláez me hizo una segunda reverencia. Le acompañé hasta la puerta.

Ya en el rellano de la escalera me dijo con aire preocupado:

—Lo que me extraña, caballero, es que usted no quiera ser escritor.

Nuestro arbitrismo

La expansión cultural de España

Por LUIS BELLO

José Antonio de Sangroniz, que había demostrado ya, no sólo su capacidad de estudio, sino su sentido constructivo de la política diplomática en el libro «Marruecos», acaba de publicar otro trabajo muy útil, titulado: «La expansión cultural de España en el extranjero y principalmente en América». Libros útiles aparecen pocos. Para mí este elogio es uno de los mayores que puedo hacer de un libro. Y de un hombre. Frente a la multitud de obras que hubieran podido seguir inéditas, solo algunas, muy pocas, tienen razón de ser. Sin embargo, el trabajo de Sangroniz es propio de un arbitrista. Traza un programa. Da normas y brújula para realizarlo. ¡Arbitrismo! El arbitrismo anda muy perseguido en estos tiempos de sumisión a toda realidad. Es el hermano menor del utopismo; y la utopía se considera hoy como una dolencia contra la cual debiéramos vacunarnos a nuestros hijos los hombres previsores.

Deseo únicamente contribuir a la divulgación del «programa mínimo» de Sangroniz; y de los datos en que funda su política de expansión cultural. ¿Qué hace España para poner de manifiesto sus valores literarios, científicos y artísticos, «en concurrencia con las producciones análogas de los otros pueblos? El avance en esta propaganda lo dió Alemania poco antes de la guerra. «Después de la aguda crisis que siguió a la guerra europea estos servicios han vuelto a tomar un incremento superior, si se quiere, al que tenían en 1914». Francia la desarrolla con cautela y habilidad. Sangroniz lo demuestra describiendo las instituciones culturales francesas en España, cuyo número e importancia son crecientes. Sin embargo, el autor cree que nuestra situación es favorable. «No tenemos dentro de casa la urgencia de reconstitución que pesa sobre casi todos los Estados europeos; nuestras deficiencias son menos que antes de la guerra y la evolución normal hacia su mejoramiento no ha sufrido retraso alguno por la formidable catástrofe.» En la depreciación de las divisas extranjeras ve el medio de adquirir con ventaja libros y material científico. El cuadro es muy optimista; demasiado optimista. No tenemos urgencia de reconstitución, sino de constitución. Pero ahora me limito a reproducir el programa, sin discutir sus bases.

¿Qué ha hecho España en este sentido? Una labor benemérita en la Junta de Am-

pliación de Estudios y en su Centro de Estudios Históricos, El Colegio de Bolonia, La Academia de Bellas Artes, de Roma, Las escuelas Alfonso XIII en Tánger. Fundáronse éstas por donación del marqués de Casa-Riera; las subvenciona el Ministerio de Estado y las dirigen los franciscanos. Hay unas escuelas españolas en Lisboa. Un centro escolar en Oporto; otro, modestísimo, en Perpiñán. Eso es todo. Hay también, desde 1921, una Oficina de Relaciones Culturales en el Ministerio de Estado.

Para el señor Sangroniz, uno es el trabajo que debe realizar España en los países de distinto idioma y otro el programa cultural en Hispano-América. Hay que atender en primer término a nuestras colonias nacionales esparcidas por el mundo entero. La del «Midi» francés. La de Argelia, que pasa de 300.000 españoles. La del Marruecos francés. La de Portugal. En América, empezando por los territorios hoy bajo el Gobierno de los Estados Unidos, hay que ayudar a los grupos que allí defienden nuestro idioma y nuestra cultura: «Tal sucede en la isla de Puerto Rico, donde si bien la población española no pasa de 5.000 individuos, la población criolla de origen español ha luchado tenazmente por la defensa de la enseñanza del castellano en las escuelas de la isla, concurridas hoy por una población escolar de 350.000 niños». Los puertorriqueños se defienden heroicamente de la anexión espiritual y nosotros no les ayudamos. El caso de Filipinas es más desesperado y si no se emprende una campaña inteligente los tres siglos de influencia española quedarán borrados muy pronto.

Mayor novedad tienen los datos relativos al Brasil. La colonia española es allí numerosísima. Sólo en el Estado de San Pablo pasan los españoles de 400.000. «Esta gran masa humana carece en absoluto de escuelas, dándose con frecuencia el caso de nacionales que mueren sin haber conocido nunca el castellano, pues emigrados de Galicia en su juventud o en su niñez, no tuvieron jamás ocasión de aprenderlo». Mientras alemanes, ingleses, norteamericanos, defienden su lengua y su cultura, España no hace nada. Para remediar este abandono, el señor Sangroniz propone la creación de escuelas primarias españolas. Le sirve de ejemplo el caso de Toulouse donde ya hay gestiones hechas y el municipio ofreció un local gratuito, sin que llegase a pros-

perar el proyecto. En Burdeos, Orléans, Casablanca, Uxda, Lisboa y Oporto debe organizarse también la enseñanza de nuestros nacionales.

Entre los sefarditas de Salónica, los de Constantinopla y Adrianópolis, los de Asia y Africa, ve el señor Sangroniz la posibilidad de realizar una labor práctica. Con igual criterio de aplicación inmediata señala un plan que podría realizarse en la América española: política universitaria y estatutaria; política del libro español; política religioso-cultural—a la que concede gran importancia—propaganda artística y servicios de Prensa. Pero no pasare adelante en este resumen, pues con el tema de las escuelas me basta para incluir al señor Sangroniz en el número de los arbitristas—en el cual debo confesarme yo también—, en el número de los ilusos, capaces de creer que con algo de buena voluntad podrían quedar resueltos estos primeros problemas elementales para los españoles de dentro y para los españoles de fuera.

Me enorgullece el dictado de arbitrista cuando busco arbitristas para que España construya escuelas. Creo que el señor Sangroniz puede soportar con paciencia la misma acusación cuando piensa en dar a la patria su debida extensión espiritual. Planea una realidad distinta de la de hoy. No bastaría perfeccionarla, porque el presente no le sirve; necesita modificarla, transformarla, suplantarla. Es, por lo tanto, un utopista. No nos conformamos con que las cosas sean «como son» y hacemos un primer cauce en nuestro pensamiento para llevarlas a una meta ideal: «como deben ser». Además, vemos que es fácil mudarlas porque toda mudanza que dependa de nuestra voluntad, revela, por este solo hecho, que no altera la esencia de las cosas. Con la mayoría de los sueños utópicos ocurre igual. No son irrealizables. La utopía de hoy es la realidad de mañana.

Y si el lector cree que voy demasiado lejos para hablar de un plan de política cultural realizable desde el ministerio de Estado, le diré que en pocas aventuras de reforma, en pocos proyectos para el porvenir debe ponerse tanto esfuerzo como en una obra de política cultural realizada desde los centros oficiales; y, por consiguiente, en pocas hazañas, como en esta, puede pronunciarse la palabra «utopía».

El Santo Cristo de Lepanto

Por MACARIO GOLFERICHS

Imposible es poder expresar el amor y devoción de todo Barcelona a la imagen del Santo Cristo de Lepanto que se venera en su capilla de la girola de nuestra catedral. Allí, continuamente, se ven los más heterogéneos devotos, la beata con su mantilla negra y larga falda y a su lado la airosa modistilla de corto vestido y que tapa su cabeza con diminuto pañuelo, la madre que lleva sus hijos a orar ante la Santa Imagen, la enlutada, la gran señora, la sirvienta, hombres de todas clases y edades, pero en particular el soldado, y, bien recuerdo, yo durante las guerras de Cuba y Filipinas y en la última de Africa, las escenas de que fui testigo cuando, cotidianamente, iba a rezar ante la imagen del Santo Cristo de Lepanto. Y conste que la devoción popular no es debida ni a su capilla algo menos que modesta, ni al valor artístico de la escultura que como talla destinada a un buque deja mucho de ser perfecta, ni al fausto del culto ya que casi siempre hállase la reja cerrada y solo las lámparas, unas velas y los cirios de los devotos dan fe del amor de Barcelona a su protectora Imagen.

Los voluntarios catalanes, al partir para Africa, la visitaron y si, en la «tumbaga» de su corbata, llevaban la Virgen de Montserrat, en el corazón llevaban grabada la Imagen del Cristo de Lepanto, y recuerdo que, cada año, el 4 de febrero, aniversario de la batalla de Tetuan, rezábase una misa para los voluntarios difuntos y, arrodillados ante la Santa Imagen del Cristo de Lepanto, veíanse aquellos hombres ya encanecidos ostentando el clásico vestido del voluntario catalán y sus azules chaquetas llenas de medallas, pero la guadaña del tiempo iba segando aquellas vidas, clareando sus filas. Hoy, todo esto es solo un recuerdo.

Veamos el motivo de la rápida devoción de Barcelona toda a la Imagen del Cristo Crucificado insignia de popa de la Galera Real de Lepanto.

Los turcos habíanse adueñado del Mediterráneo y dominaban todo el litoral desde la Morea a Túnez y, sus corsarios, impedían el comercio marítimo de España, corriendo sus naves el riesgo de ser apresadas y sus tripulaciones vivir esclavas en Argel, o encadenadas al servicio del remo en las galeras, donde el rebeque, manejado por el comité, era el único argumento. Nuestras costas veíanse continuamente devastadas y muchas veces sus habitantes fueron vendidos en los mercados de Argel en pública almoneda, cual reses en feria.

Turquía, vencedora de los venecianos, aprestaba sus fuerzas para reunir una escuadra y apoderarse de Malta y el Sur de Italia, por lo que el Papa Pío V, al ver la Cristiandad en peligro movió a las naciones católicas a aliarse contra el enemigo común, pero solo Venecia y España correspondieron a la voz del Pontífice y Francia aprestábase a aliarse con el turco, apesar de titularse «cristianísima». Felipe II, ya por su fingida piedad ya por ver amenazadas nuestras posesiones de Italia, fué quien llevó a la lucha mayor refuerzo.

Venecia estaba en plena decadencia por los vicios de sus patricios y solo su industria sostenía el fausto de aquella república que carcomía el abarrocado renacimiento,

Sus naves iban mal equipadas y escasas de gente de maniobra y guerra, pues equivocadamente dieron valor a las grandes galeazas, inmensas moles que no tenían más motor que el inconstante viento, y quedaban casi siempre aboyadas, de modo que de los venecianos, según decía don García de Toledo «eran mejores para dirigir que para obrar».

Cataluña era la que con entusiasmo aprestábase a la lucha. Nuestra atarazana construía con especial cuidado la nave capitana «con aquel pino tea cuya madera no tiene rival solo en Indias»; reforzaba sus cuaderñas, baos, entrepuentes, bordas, muros, artillaba sus costados y popa y ampliaba las cofas para poner en ella arcabuceros que dominasen las naves enemigas. Pero ni era solo esta nave la que construía en Barcelona, ni estaban ociosas las maestranzas de Cataluña, Tarragona, Tamarit, Sitges... Pero, en el Ampurdan, era donde el frenesí de lucha era mayor y donde se aprestaban aquellos buques ligeros sin galeotes y sí solo «gent de bona boga», apta para la lucha, ya que en ella el galeote es más estorbo que provecho y como idea de lo que hizo Cataluña, pueden enumerarse que en el mando distinguíronse el maestre de campo don Enrique de Cardona, don Gabriel de Cervelló capitán general de artillería en Italia, don Pedro de Cordellas comendador de la Orden de S. Juan de Malta, don Luis de Queralt, don Francisco Canoguera, don Luis Cacosta, los capitanes Oliver, Amat, Ferrer, Montserrat, Guardiola, Morell, Gallart, Juliá, Falguera, Cabañas, Rovira, Alcina, Roiz y otros muchos, pero, como ejes de la batalla, hay que citar a don Luis de Requesens que asesoraba al joven don Juan de Austria—y aquí debióse el triunfo, según dice Fuentemayor al dar cuenta de la batalla pero confiando en dos de sus paisanos don Juan de Cardona y Pedro de Moncada. En la Galera Real embarcáronse los más esforzados caballeros y los mejores soldados y como buque guía de la armada toda, llevaba por distintiva dos fanales que coronaba su historiada popa y en lo alto, como emblema de la Santa Cruzada, la imagen del Cristo Crucificado. Y en Barcelona embarca un ignorado hidalgo castellano, futuro autor del Quijote, que aquí se alistó en el tercio de Moncada.

Dejemos las peripecias de la batalla que el 7 de octubre de 1571 dióse en el golfo de Lepanto y sepase solo que don Pedro Cagarriga rindió la galera del bajá del Ponto; que de seiscientos soldados de don Juan de Cardona no quedaron cincuenta sin recibir daño; que fué entrada la capitana de Malta y socorrida por los nuestros como lo fué el ala izquierda confiada a los venecianos cuyo almirante Barbarigo fué herido mortalmente en un ojo; pero era en el centro donde decidíase la desigual batalla, ya que las fuerzas cristianas eran mucho menores en número y calidad a las turcas.

«Nuestra Galera Capitana» aferróse con la Galera Capitana turca que mandaba el renegado Ali Bajá y por ser ésta mayor dominaba a la de don Juan de Austria, de modo que entró el espolón dentro de galera española, pero no pudo asaltarla y convirtiéndose en campo de combate, cuerpo a cuer-

po, menudeando los tiros de arcabuz, cansándose los nuestros de matar genizaros que reponíanse con los de otras galeras turcas que acudían a la lucha y allí vacilaba la victoria. El almirante Andrea Boria que tenía las galeras de reserva vuela en su auxilio, adelantando sus galeras catalanas que se deslizan sobre el agua al empuje de los remos que manejan con brio «la gent de bona boga», ayudados por todos, capitanes y soldados. Imposible es describir la llegada al combate de nuestra gente. Dejan los remos, escalan galeras, ríndenas, entran en la Capitana turca que defiende el renegado Aiali o sea Ali Bajá, y un hijo de San Feliu de Guixols, Pedro Roig, da muerte al almirante turco; córtale la cabeza y enarbóla sobre una pica en señal de victoria. Como prueba de esta proeza, recibe de manos de don Juan de Austria una de las hámulas con las insignias de la Liga al entregar prisioneros a los dos hijos del almirante turco.

En Barcelona, el 21 de octubre, recíbese la noticia de la victoria y el jubilo es inmenso. Las devotas procesiones son incontables, la milagrosa victoria atribúyese a las plegarias a la Santísima Virgen del Rosario, ya que el 7 de octubre era su fiesta por ser primer domingo, y la imaginación popular acrecienta el prodigio de que en Madrid la Santa Catalana de Cardona, como decía Santa Teresa, tuvo exacta visión de la victoria en el momento de alcanzarla.

El día 21 de diciembre de 1573, entra en Barcelona la victoriosa escuadra de don Juan de Austria, compuesta de 22 galeras y aquella Galera Capitana que no pudo entrar el turco, es abordada por los entusiastas catalanes con el beneplácido del príncipe don Juan. El Cristo de popa es llevado procesionalmente por los soldados a la Catedral, los tapices de la cámara del almirante son regalados a Santa Eulalia para adornar su cripta, el fanal de la Capitana turca es entregado al Monasterio de Montserrat, el solio de Ali Bajá diósele al capitán Camisó; una bandera de la Capitana turca con las improntas del sello del sultán, la pintura en tabla de la Santa Virgen que estaba en el palo mayor de la Galera Real y los paños de las trompetas, entregáronse a doña María de Cardona, dominica y superiora del convento de Montesión; don Luis de Requesens llévase banderas y hámulas al Palau; el capitán Boxadors hace lo mismo para su capilla de las Gerónimas. Pero el pueblo tiene fija su mirada en la Santa Imagen del Cristo Crucificado que arbolaba en su popa la Galera Real y la devoción aumenta con los incontables favores recibidos. No podía faltar la leyenda que nos cuenta, de generación en generación, que la violenta postura de la Imagen, débese a haber esquivado un arcabuzazo turco.

No quiero acabar sin recordar los conmovedores días en que para conmemorar el centenario de Constantino, todos los niños barceloneses depositaron flores al pie de la Santa Imagen, y aquellos niños, hoy ya hombres, recordaran con lágrimas en los ojos el día en que, con sus compañeros, depositaron las flores, ofrenda de su candor de niño, cosa que hoy recordamos y que es imposible volver a gozar.

LA VOLUNTAD EN PROVINCIAS

NOVELA, por IGNACIO CARRAL

No se si a ustedes les parecerá bien que en una ciudad castellana—en el corazón mismo de Castilla la Vieja—luzca espléndidamente el sol y el cielo sea claro, muy azul y el viento perfumado.

Porque, ordinariamente, estas características suelen reservarse, en literatura, para la descripción de ciudades meridionales; mientras las de Castilla suelen pintarse sombrías, con cielo gris, fuerte ventarrón y alguna nube negra y panzuda, que recorre el cielo en actitud pausada y dramática.

Pero la realidad es así. La realidad se ha empeñado en no ajustarse a los tópicos literarios. Y esto determina que en una ciudad castellana, como es esta—en el corazón mismo de Castilla la Vieja—esta tarde, en que el protagonista decide comenzar los actos que dan al curso de su vida categoría de novela, luzca espléndidamente el sol y el cielo sea de un intenso azul, tan espléndidamente y de tanta intensidad, como si se tratara de Nápoles o de Sevilla.

Puede acaso servir de disculpa la circunstancia de que el calendario marca los comienzos de mayo debido a lo cual probablemente, las auras primaverales se han creído en la obligación de recorrer las callejuelas pinas y retorcidas y rizar suavemente las hojas de las acacias y de los castaños de Indias que adornan los paseos y los alrededores.

Tumbada tranquilamente a lo largo del alto peñasco en que se subió en la Edad Media, por miedo a los moros—era entonces esta una ciudad esencialmente militar—el caserío goza de este sol, absorbiendo con fruición estas brisas olorosas por todos sus ventanuchos y ventanas, por los arcos de las galerías de sus viejos palacios y por los campanarios de sus torres. Algunos de estos campanarios, aspiran el aire con tanta fuerza, que las campanas vibran, produciendo un sonido soñoliento que flota en el aire.

En medio del caserío apiñado, la torre alta de la Catedral se levanta como un gran dedo de piedra que la ciudad alzaría gritando:

—¡Yo, yo!

A alguien que le hubiese dicho:

—El que lo quiera que levante el dedo...

...Y lo que la ciudad quiere es vivir.

Una de las fachadas del ábside de la Catedral se estrecha tanto contra la hilera de casas de enfrente, que uno de los canó-

nigos, que vive al extremo de la callejuela que se forma de este modo, tiene que dar un gran rodeo por otras calles, cuando va a coró, para llegar a la puerta del templo, porque, después de comer, no cabe a pasar por aquí.

Bajo las balastradas góticas, los hicharracos de las gárgolas estiran su cuello y hacen visajes abriendo sus bocazas. Las casas de enfrente les contemplan con todas sus ventanas atónitas. Unas rechónchas, con la panza sacada y el tejado puesto a lo chulo, se rien, enseñando las barras de algún ablcón corrido. Otras, escualidas, larguiruchas, que muestran por los desconchones, su esqueleto de vigas podridas, ponen un gesto asustado, matizado por las cejas de madera verde de sus balcones.

Muy seria, muy orgullosa, con su torreón erguido, una casona de piedra, apoyada sobre la gran arcada de la puerta principal, con el escudo en la clave, conserva impávida su altivez, desde el centro de la callejuela. En el punto más arbitrario de su fachada tiene una herida mortal, abierta para colocar un absurdo balconcillo pintado de azul.

Sobre la barandilla de este balcón están honritamente depositados los pies de Aristides; sus largas piernas forman un puente en declive hacia el profundo butacón en que el propio Aristides se encuentra sumido, repantigado, con todo el cuerpo sobre el asiento y la cabeza violentamente enderezada por el respaldo. Con las dos manos, este joven tan bien acomodado, sostiene un libro abierto, que apoya, para mayor comodidad, contra la boca del estómago. Un lazo mechón de cabellos negros le cae sobre la frente y en sus ojos profundamente melancólica.

Tiene además el pecho hundido, el cuello largo y delgado y los hombros muy estrechos. En cualquiera de los pueblos próximos los campesinos hubieran dicho, nada más verle, que estaba «escuchimizado».

De vez en cuando una pandilla de vencejos pasa, gritando y retozando, como chicos que salen de la escuela, por delante del balcón, alborotando el silencio casi absoluto de la calle. De vez en cuando se oye el resonar de unos pasos sobre las losas de la acera (unas veces las pisadas enérgicas, llenas de sonidos de herrajes, de algún militar; otras los graves y pausados andares de un canónigo; tal otra la carrera alocada

de un chiquillo; muy raramente el taconeo menudito, rápido, de una mujer). De vez en cuando llegan las campanadas sonoras, lentas del reloj de la Catedral; enseguida, obedeciendo a las reglas que, para la conducta de los relojes de provincias, ha establecido el maestro Azorín, llegan las campanadas finas, precedidas del fino campanilleo de los cuartos del reloj del Ayuntamiento; luego contesta un reloj de péndulo desde el interior de la casa; y, por fin, un pequeño reloj, colgado en la pared del cuarto, lanza sus campanaditas vibrantes, agudas, presurosas...

Como todo personaje de novela digno de tal nombre, Aristides lleva dentro de sí una tragedia dolorosa. Y, según en la mayoría de las tragedias suele haber acción, la tragedia de Aristides consiste en no haberla y en ser en ella el nudo dramático, precisamente, la falta de acción.

¡Toda su vida así! Muchas veces se había dado a la reflexión ante los retratos de sus antepasados que decoraban el gran salón de su casa; había entre ellos un jefe de las mesnadas del Cid, un comunero y un inquisidor. El alma de todos inscrito en las cintas del escudo familiar había sido siempre «Vencer o morir». El compañero del Cid había ganado una ciudad, el comunero había perdido su cabeza en Villalar, por culpa del hacha del verdugo, y el inquisidor había tostado a fuego lento a cuantos no le había parecido que tenían las mismas creencias que él. Incluso, en tiempos más modernos, un abuelo suyo había dilapidado su fortuna íntegra en el anhelo de ser diputado, venciendo por fin en las últimas elecciones a que había concurrido y con las últimas pesetas, al que en años anteriores le había vencido a él, enemigo encarnizado suyo y de su familia.

¿Y él? El pobre Aristides se ponía muy triste al pensar en estas hazañas de sus antepasados. Por el contrario él no había logrado nunca lo que se proponía, aunque bien es verdad que jamás se había propuesto nada.

De niño, había sido siempre juguete de la voluntad de los amigos. Había hecho lo que los otros se habían propuesto que hiciera. «¡Por aquí!», le habían dicho; pues por aquí; «¡por allí!», pues por allí. En cambio, cuando él había apuntado tímidamente: «¡Por este otro lado!», nadie le había hecho caso.

durante años y más años, eran tontos de capirote. Y que las jovencitas que acudían allí a dejarse contemplar por los pollos eran unas pobres coquetuelas vacías. Quizá también había leído a Schopenhauer.

Pero aquel día se encontró, sin saber cómo, en medio del paseo. ¡Sabe Dios qué fuerza misteriosa le atrajo hasta aquel lugar! Y se topó de pronto con unos ojos tranquilos que le miraban dulcemente. Pertenecían los ojos en cuestión a una de las coquetuelas vacías que venían a dejarse contemplar por los pollos locales. Después de un momento, los ojos volvieron a mirarle, ahora con un leve matiz de ironía. (Aristides se había parado de pronto y se había quedado contemplando a la muchacha con la boca abierta.)

¡Había algo de extraordinario, indudablemente, en los ojos de aquella muchacha, que la distinguía de todas las demás que paseaban por allí! (Hemos de hacer constar, para salvar nuestra responsabilidad de narradores, que esta afirmación pertenece exclusivamente a Aristides, sin que nosotros la suscribamos, ni tampoco ¡Dios nos libre! argumentemos contra ella.)

Si Dios, en su merced infinita, nos hubiera dado dotes de novelista psicológico, aprovecharíamos esta bonita ocasión para hacer la descripción de un estado de alma, el de los sentimientos, ideas y voliciones, juegos de imágenes y juegos de motivos, que comenzaron a actuar en aquel momento en el espíritu de Aristides. Pero no poseemos esta privilegiada cualidad. Observadores objetivos, diremos que, ante una nueva mirada de la muchachita, Aristides se puso primero rojo como un tomate, luego empezó a destefñarse hasta alcanzar el blanco de mármol y, al cabo, adquirió un tinte verdoso indefinido. Hay que hacer constar que esta vez la muchacha se le había quedado mirando un gran rato, con los ojos interrogantes, fijos en él. Y no digámoslo de una vez para no poner ni por un momento en entredicho el recato de la doncella—porque se sintiera irresistiblemente atraída hacia él, sino, sencillamente, porque Aristides, en su azoramiento, se había puesto delante de ella como un espantajo, cortándole el paso.

Y entonces fué cuando sus almas se comprendieron. Ella cambió de pronto el matiz de ironía de la mirada por un matiz que pudiéramos llamar de propósitos matrimoniales. El se convenció del todo de que aquella muchacha no era como las demás coquetuelas vacías que paseaban al cobijo de los porches.

LA VENTANA Y EL ATRIO

La arquería del atrio románico se perfilaba a la luz de la luna que entraba por la parte opuesta.

En la vieja ciudad hasta las dinamos de la fábrica de luz eléctrica se empezaban y dejaban con frecuencia al pueblo parcialmente a oscuras. Esta noche le había tocado al sector de alumbrado público en el que se encontraba aquel trozo de calle Real.

La luna se encargaba del suministro de

fluido, mientras tanto: Iluminaba claramente la amplia escalinata de la plaza de las Sirenas, que desciende por detrás de la iglesia, y el orgulloso torreón y los palacios de piedra que la circundan. A lo largo de la calle Real—cuyas líneas de fachadas se iban aproximando después de haberse separado en homenaje a la iglesia—dibujaba irregulares figuras de luz azul, destacando en la sombra profunda.

De pronto, una casa se adelantaba, rompiendo la alineación con una esquina de dos metros y poniéndose descaradamente en medio de la calle. Se había adelantado seguramente, para mirar al atrio, cuya arquería recortaba la luna.

Sentado sobre el muro, que sostenía la arquería del atrio, con la cabeza apoyada sobre la columna de un arco, se hallaba Aristides. Un alado bicharraco del capitel le agarraba casi los cabellos, con las uñas.

En la esquina saliente de la casuca que se había adelantado con tanto descoco, pegando casi al tejado, había una ventana iluminada, a través de cuyos blancos visillos se veía pasar y repasar, acercarse y alejarse, una silueta femenina.

Sobre la casa brillaba un lucero que sostenía bastante bien la competencia de la luna. Por el cailejón de la izquierda, que bajaba al Paseo de las Acacias, subía una tufarada olorosa de perfume de flor blanca. La silueta femenina se acercó a la ventana y los dedos apartaron un poco el visillo para mirar.

¿Quién dió un suspiro en el aire? Fué en la espadaña de las monjas vecinas, el eje de la campana que rechinó un poco antes de empezar a tocar.

ARISTIDES COMIENZA A VENCER LOS PRIMEROS OBSTACULOS

—He sabido—le dijo un día su madre, de sobremesa, cuando la vieja sirvienta se hubo retirado, llevándose los últimos cacharros de la comida—que acompañas con frecuencia a una muchacha.

Aristides se coloreó un poco y bajó los ojos, sin saber qué decir. La madre prosiguió con su sonrisa de triunfo, al verle dominado como siempre:

—Esa muchacha, hijo mío, no te conviene.

—Sí, mamá, me conviene; ¡es un ángel!

—Tú no sabes nada de la vida. Esa muchacha no es de tu clase. A su padre le he visto barriendo la tienda cuando era dependiente, y la madre fué criada.

—Pero ella...

—Ella es hija de un dependiente y de una criada y lo será siempre, por más que haga. ¿Cómo se te ha ocurrido dirigirte a una muchacha que no gasta sombreiro?

Aristides se quedó desconcertado ante esta pregunta, confesándose a sí mismo que, en efecto, no había tenido en cuenta lo más mínimo para enamorarse el que la chica no levase sobre la cabeza tan preciado adminículo. La madre, viéndole anonadado, aprovechó la ocasión:

—Supongo que no habrás pensado nunca nada serio respecto a esa chica...

—Sí—dijo Aristides con un tono y una

energía de los que él mismo se asustó—, Pienso casarme con ella.

La madre se quedó un poco asombrada, y se asombró más aún al ver que el hijo sostenía su mirada. Pero recobró su aplomo, y con el tono que usaba para ser obedecida sin reparo, le conminó secamente:

—Pues yo te prohíbo en absoluto que vuelvas a acercarte a ella.

Lo verdaderamente asombroso fué entonces. Aristides se puso en pie, dió un fuerte puñetazo en la mesa y afirmó con voz segura:

—Pues yo te digo, desde ahora, que me acercaré a ella siempre que tenga por conveniente, que la querré cada vez más y que me casaré con ella, pese a quien pese.

El desconcierto de la madre fué tan grande, que no supo qué exclamar. Sólo exclamó:

—¡Te rebelas contra tu madre! ¡Me matarás a disgustos!

Y dicho esto, cayó desmayada.

—Si vuelvo a usted a verle con mi hija, le deslomo.

Clamaba así el señor Cipriano, distinguido tendero de la localidad, encarándose de pronto con Aristides, que rondaba la casa.

—¡Muy bien dicho—apoyaba la señora Anastasia, su mujer, asomándose a la puerta—. ¡Y si no, voy a ser yo la que le dé un día un buen escobazo!

La señora Anastasia había visto un día, en una función de aficionados del Casino Mercantil local, una zarzuela, en la cual un señorito garboso seducía y abandonaba a una pobre muchacha del pueblo que había creído en sus palabras engañosas. Y más de una noche había visto regresar juntos a su hija y a Aristides. Aguantó varios días, hasta que uno, en que vió al señor Cipriano excesivamente contento, decidió contarle el noviazgo y el argumento de la zarzuela. Entonces fué cuando el señor Cipriano se creyó en el caso de salir de su impasibilidad de tendero gordo y exclamar con una voz ahuecada, dirigiéndose al que quería ser su yerno:

—¡Si vuelvo a usted a verle con mi hija, le deslomo!

—Le advierto a usted que yo voy con los mejores propósitos, respecto de su hija, y terminaré por casarme con ella—contestó Aristides, esquivando un poco la mano del tendero, que se movía junto a su cara.

El señor Cipriano miró a la señora Anastasia, como traspasándola la petición de paz. Esta recordó que también el señorito de la zarzuela prometía casarse, y dijo terminantemente:

—Cuando venga usted con los papeles debajo del brazo, entonces hablaremos. Mientras tanto, si le vuelvo a ver siquiera pararse junto a mi casa, le tiraré un jarro de agua.

Aristides avanzó un poco hacia el matrimonio gallardamente, y dijo con tono de desafío, como si estuviera representando «Don Juan Tenorio»:

—Pues hagan ustedes lo que hagan, esa muchacha será para mí.

Es posible que estuviera dispuesto a seguir perorando, pero bien hizo en desistir

La ilusión de sus catorce años había sido ir a Madrid a estudiar. Sabía perfectamente el estado precario de la hacienda familiar que les permitía vivir a él y a su madre gracias a la ayuda de una pensión que se acabaría con su mayor edad. Y se daba cuenta de que aquella ciudad de piedra, con sus murallas y sus callejuelas apretadas, no permitía que nadie se abriera en ella otros caminos que los que previamente habían ido siendo trazados por los siglos. Con su imaginación y con los datos obtenidos por los que venían de allí, se figuraba la ciudad amplia, abierta a todas las rutas y a todos los esfuerzos. Y soñaba con actuar en ella.

Terminó su Bachillerato y pensó en estudiar Derecho. Mejor dicho pensaron por él. Desde pequeño había oído decir a su madre que él sería abogado, y se había acostumbrado a la idea como si un Destino sin apelación le empujase a ello. ¡Su padre había sido abogado también!...

El caso era ir a Madrid y allí iba se vería! Era aficionado a las lecturas de las vidas heroicas de los luchadores de ciudad. Y fué a Madrid a examinarse del preparatorio. Le aturdió el ruido, el tumulto imponente, el ir y venir, el vértigo de las calles. Le horrorizó la indiferencia de los transeúntes, tan distinta de aquella familiaridad provinciana. Se examinó y volvió a su casa, él dijo que para pasar los días que restaban hasta el comienzo del curso. Todavía su madre—varias veces lo había hecho ya—insistió en que permaneciese a su lado puesto que la carrera de Derecho podía perfectamente estudiarse libre. ¡Y él, que contento se puso al oír de nuevo esta petición y con que alegría accedió a ella! Y se quedó.

Tres años llevaba estudiando la noble ciencia jurídica y tres asignaturas llevaba aprobadas; estrictamente, aquellas explicadas por catedráticos comprensivos, que tenían en cuenta las eximentes de responsabilidad en el estudio. Y no es que aborreciera el trabajo intelectual. Por el contrario, le amaba y pasaba deliciosos ratos leyendo.

¡Si hasta las cuestiones con que tropezaba en los libros de texto despertaban su curiosidad! Muchas veces decidía estudiar una cuestión de estas en serio. Recurría entonces a la biblioteca de su padre y a las dos o tres bibliotecas locales públicas. Y un buen día, preparaba sobre su mesa de trabajo gran aparato de libros, con mucha solemnidad, dándose una gran importancia ante sí mismo. Se ponía a leer a leer... A los cinco minutos seguía leyendo pero ya de un modo mecánico, sin enterarse de lo que leía... Hasta que tenía que dejarlo para el día siguiente. ¡Y al día siguiente, no tenía ya fuerzas para abrir ninguno de aquellos libros!

Cuando no tenía ganas de leer, que era siempre que se ponía a ello, pensaba en hacer otra cosa. Y se ponía a hacerla. Pero si se dedicaba por ejemplo a ordenar sus papeles que se amontonaban en los cajones, no hacía sino dejarlos todos sobre las sillas del cuarto apenas iniciada en ellos una selección previa.

Nada de lo que comenzara había terminado nunca. Incluso en sus paseos se vol-

vía siempre antes de llegar al sitio a donde se había propuesto.

Y después de muchos intentos de querer hacer esto, o lo otro, o lo de más allá, terminaba por sentarse, con una angustia que le oprimía el pecho, mientras las gárgolas de la Catedral metían la mirada por el balcón y reían con sus bocazas abiertas.

Deambulando un día por la ciudad se detuvo ante el escaparate de una librería. Un libro, que se exhibía allí, atrajo su atención. Decía en grandes titulares: «Quiere usted educar su voluntad? Quiere usted llegar a ser dueño de sí mismo?» El libro costaba quince pesetas y amenazaba con quince capítulos de prosa dedicados al estudio del modo de crearse una voluntad fuerte y poderosa. Aristides se entusiasmó ante la promesa. Compró el libro y se lo llevó a su casa, palpitante de emoción.

Mes y medio descansó el libro sobre la mesa, sin que nadie—y Aristides, naturalmente, tampoco—llegara a perturbar la paz de sus páginas apretadas y pegadas aún unas a otras. Al cabo, una noche, le cogió antes de acostarse y comenzó a leer. A las pocas líneas le entró sueño y le dejó. A la noche siguiente pasó lo mismo... Y a la otra... Y a la otra...

—Este libro está mejor para leerle por la tarde—pensó.

Y en efecto aquella tarde, esta tarde en que Aristides decide comenzar la novela de su vida, en que el sol baña la ciudad y las brisas perfumadas la recorren, se ha arrellanado en este sillón y se ha puesto a leer con toda su fuerza.

Lee una, dos, tres, cuatro páginas. Poco a poco los ruidos que vienen de fuera van penetrando en su conciencia, cada vez con más claridad.

De vez en cuando una pandilla de vencedores pasa, gritando y retozando, junto al balcón. Aristides levanta la vista del libro y los mira pasar. Luego se queda escuchando como se pierde el ruido a lo lejos.

De vez en cuando llega el resonar de unos pasos sobre las losas de la acera. Aristides se incorpora y mira hacia la calle.

De vez en cuando llegan las campanadas lentas sonoras del reloj de la Catedral. Entonces Aristides suspende la lectura por unos momentos y aguarda a que conteste el reloj del Ayuntamiento, precedido por el breve campanilleo de los cuartos, y a que después el reloj de péndulo del interior de la casa se de por enterado también, y a que el pequeño reloj colgado en una pared del cuarto lance sus campanaditas vibrantes, agudas, presurosas...

El libro es verdaderamente magnífico en su género. Está dividido en partes, capítulos y subcapítulos. Da en quinientas y pico de páginas, provechosísimas reglas para el arreglo de la voluntad más averiada. No hay duda de que leyendo este libro se adquiere una voluntad fuerte y del mejor temple. Pero una cosa se le ha olvidado al autor: que los que no tienen voluntad para nada, que es naturalmente a quienes va dedicado este libro, cómo la van a tener para tirarse al colete aquellos quince capítulos de

prosa maciza, y para aprenderse aquellas mil y pico de reglas que daba tan sabiamente?

Aristides dejó de pronto caer los brazos abandonándolos a la ley de la gravedad. Hizo un movimiento para colocarse más cómodo y el libro se vino al suelo y quedó allí, de bruces sobre las hojas abiertas.

COMIENZA LA NOVELA DE ARISTIDES

A las siete comenzó a soplar una brisilla que venía de la sierra vecina. Se coló por el balcón abierto y sacudiéndole en la cara a Aristides le espabiló de la modorra en que estaba sumido.

Aristides salió a la calle. Había en el aire un perfume de acacias y de lilas. Pasó un chico vendiendo ramitos de violetas; se acordó de que siempre había dicho que las violetas eran una flor cursi por excelencia; pero no pudo resistir la tentación y las compró. Se las puso en el ojal de la americana y siguió andando muy contento.

A las siete comenzaba la gente a acudir a la Plaza Mayor a pasear bajo los soportales. No se ha estudiado todavía bien, porque los provincianos sienten esta ineludible necesidad de recorrer todos los días, por espacio de unas horas, los soportales de sus plazas mayores. La hipótesis de que les sobre tiempo no explica nada, porque lo mismo podían tumbarse a la bartola o callejear por otros sitios. En invierno quizás estén más protegidos allí del cierzo y de la lluvia. Acaso en verano lo estarían también del sol si el sol tuviese la costumbre de salir a esas horas. En cuanto a otoño y primavera sería muy difícil encontrar una explicación medianamente aceptable.

El caso es que allí las muchachas se sientan con sus amigas y los muchachos con los suyos, lo cual no excluye naturalmente que un muchacho y una muchacha puedan reunirse ocasionalmente. Las señoras se sientan en corrillos a cumplir su función social de murmurar. Y los señores pasean despacio, hablando en un tono muy serio, de cosas de broma.

En estos soportales fué donde se encontró de pronto el buen Aristides al finalizar la callejuela donde vivía. No tenía en esta rutinaria costumbre provinciana: desdén por las costumbres y la buena equidad.

Había desdeñado siempre el gentío, fuese de la clase que fuese. No por orgullo de casta. Comprendía que el escudo de piedra que ostentaba su casa sobre la clave del arco de la puerta y los retratos de los antepasados que esbozaban su mueca altiva en los oscuros pasillos de su casa, no eran valores en circulación en su época. Desdén había tenido a la hora de casarse con una «plebe» de las clases altas. Era una forma especial que, a través de las generaciones, había adoptado su aristocracia de sangre. El era todo, para él. No le gustaba convivir más que con sus propias imágenes. Había leído a Nietzsche en edad muy temprana. Siempre pensaba en aquellos jovencitos que acudían a los soportales de la plaza a cales. Siempre así y siempre a las mismas,

y alejarse apresuradamente. El señor Cipriano avanzaba hacia él en actitud nada tranquilizadora, y ya la señora Anastasia se había entrado muy de prisa en busca de un utensilio que servía para barrer la casa, para quitar las telas de araña de los rincones y para espabilar a los importunos.

LA LUNA SE REE

El cielo tiene un color rojo intenso en una larga franja de horizonte; en las franjas sucesivas, superiores, toma tonos morados y naranjas, para unir con el azul oscuro de la bóveda celeste, por medio de un brillante verde amatista, sobre el cual se enciende el lucero vespertino.

Desde la colina plantada de pinos, que se alza frente al peñasco de la ciudad, se ven las fuertes torres y las barbacanas del Alcázar que emerge de la frondosa y crecida arboleda. Todo un panorama de torres después, llevando la vista hacia la derecha: la torre y las agujas de la Catedral, las veinte torres románicas de las veinte iglesias, las torres jesuíticas del Seminario, los macizos torreones de las casas fuertes y las diez y siete espadañas de los diez y siete conventos. Entre torre y torre, montones de casas apiñadas; y para que éstas no se desamontonen y rueden por la ladera abajo, las sujeta en la parte baja una muralla de mampostería, con casi todas las almenas rotas, como una vieja desdentada.

El sol lo tenía todo de rojo: el cielo, las piedras, los cristales de todas las ventanas, que reflejaban el crepúsculo. El arroyo, que corre con un rumor sordo, en el fondo del barranco, entre dos altas filas de chopos solemnes, tenía también reflejos rojizos.

Por la parte contraria a la ciudad, la llanura, después de algunas ondulaciones, se alisaba prolongándose hasta el infinito, sin más perturbación que algún leve altozano, algún grupo de árboles y algún que otro accidente que no se sabía bien en la lejanía brumosa del crepúsculo, si era una torre, un árbol o un faro.

El aire estaba absolutamente quieto, como fatigado por el calor. Revolaba un murciélago y cantaba un grillo. Sobre una peña cercana brillaba el puntito verde de fósforo de un gusano de luz. Estas eran todas las cosas de particular que pasaban en aquella ladera de colina, mientras Visitación y Aristides estaban sentados muy juntos, muy juntos, debajo de un pino que hacía tres garabatos en el tronco y tenía la copa ládeada, como si inclinara la cabeza a ver qué pasaba.

Había transcurrido poco más de un año y era agosto. Las cosas desde entonces habían cambiado mucho. Aquella energía que

había nacido de pronto en el corazón de Aristides había terminado por superar todos los obstáculos.

Ni desmayos, ni súplicas, ni amenazas de su madre, le hicieron desistir de su amor. Y mucho menos las amenazas de sus futuros suegros, que, por el contrario, le enardecían más. Si alguna vez se sentía desmayar, bastaba una mirada de los ojos claros de Visitación, que un observador mal intencionado hubiera podido clasificar de mirada bovina, para que la energía renaciese en su pecho.

Al principio se contentaba con pasarse el día mirándola desde el atrio a través de la ventana. Después ideó y puso en práctica los medios más heroicos para lograr hablar con ella, desde pasar del tejado de casa de un amigo al tejado de la casa de ella, hasta pasarse las noches en la calle, barrida por el cierzo de invierno, pelando la pava por la ventana.

Hasta conseguir que la madre y los suegros llegasen a ciertas concesiones tácitas: La madre a no hablarle más del asunto, como si diera todo por terminado. Los suegros en ciernes a hacer la vista gorda, si por casualidad encontraban a la pareja.

Así podía conseguir ratos de expansión como el de esta tarde, viniendo a esta colina rocosa, florecida de pinos, a soñar al lado de su novia. ¡Cuántas veces se había imaginado él un momento como éste!

Nadie les podía ver desde la ciudad. El crepúsculo lentísimo había comenzado hacía una hora. La umbría se iba haciendo cada vez más densa y muy pronto no podría verseles ni a dos pasos de distancia.

Sin embargo, hubo quien lo vio todo. De pronto, la luna rojiza, hinchada, enorme, asomó un ojo por encima de la sierra cercana y en pocos segundos estuvo sobre ella, contemplando el panorama. La pareja, al sentir sus miradas, se volvió en sobresalto.

¡Y cómo se burlaba la luna, sonriente, con su ancha carota rubicunda de alemán sin casco, del susto!

ORO VIEJO

El otoño lo doraba todo. Los árboles de la amplia y frondosa alameda, a lo largo de la cual se deslizaba tranquilo el río, tenían un color de oro viejo en sus copas, sin deshojar aún. De hojas doradas era también la arboleda que trepaba hacia la ciudad; y doradas las torres y la muralla, por el sol mortecino.

La alameda tenía cuatro anchos y largos paseos, formados con hileras de árboles, y en el centro una glorietta con una fuente de piedra de pilón cilíndrico, y un surtidor de gran taza circular.

A una parte, un viejo Monasterio medio

derruido y surcos de huertas. A la otra, la ciudad brotando de los árboles y, en un saliente del peñasco, el arco de una de las antiguas puertas de entrada. Al fondo, un molino y el ruido de unos batanes golpeando furiosamente el agua.

Por el paseo junto al río avanzan Aristides y Visitación. Caminan lentamente, sin hablar apenas. Tras ellos, agarrados del brazo, vienen la señora Anastasia y el señor Cipriano.

Han transcurrido ya quince años. En este tiempo todo se ha solucionado ya. Aristides consiguió que su madre diera su autorización para el noviazgo. Y consiguió, del señor Cipriano y de la señora Anastasia, formalizar las relaciones.

Ya estaba todo arreglado. Faltaba solamente casarse. Pero casarse... ¡caramba! no es una cosa tan sencilla. Para casarse, hacen falta recursos que Aristides no tenía. Hace falta, por lo menos, un sueldo, por modesto que sea.

Había puesto tal energía Aristides en conseguir vencer los obstáculos que se oponían a su amor, que no había podido dedicar ninguna a resolver su vida. Había descuidado el estudio hasta el punto de faltarle casi toda la carrera por entero. ¿Es que en quince años de contemplación de los ojos de la amada podían dedicarse ni unas horas, ni nada, a preocuparse de semejantes cosas?

En cuanto vio que la resistencia de unos y otros comenzaba a ceder, pensó en casarse, naturalmente. Quiso derivar su energía hacia la consecución de los medios necesarios para ello. Pero se la había gastado toda por completo en conseguir el amor. Alguien, un pariente de influencia, le había prometido un destino a la primera ocasión; pero la ocasión no llegaba nunca.

Y pasaban los años, los años. Habían pasado quince años. El tenía ya treinta y cinco y ella treinta y tres. Se veían todas las mañanas, y todas las tardes salían de paseo, escoltados por el señor Cipriano y la señora Anastasia. Esto habían ido ganando —la escolta— con la aceptación del noviazgo.

Habían pasado quince años. El río corría mansamente: parecía siempre igual y bien seguro es que era diferente en todos los momentos.

¡Quince años! ¡Cuántos más pasarían?

Aristides marchaba silencioso, al lado de su novia, escoltado por sus siempre futuros suegros. Hubiera podido parecer triste a un observador superficial. Pero, ¿quién sabe si en el fondo gustaba del placer del guerrero que vuelve del combate y considera como premio suficiente a sus fatigas que le dejen descansar, sin importarle demasiado acudir a recoger los laureles ganados?